

DIVAGACIONES SOBRE LA EDAD MEDIA

Es evidente que la palabra Edad Media aplicada a la Historia Universal es absolutamente injusta. No puede aplicarse tal división, según el concepto formado por los europeos occidentales, a la historia de América, China, Congo, etc. Unos están en plena prehistoria (Congo), otros pasaron de la prehistoria a la Edad Moderna (naciones americanas), en otros, se prolongó su Edad Media hasta finales del siglo XIX, China, etc.

Concretamente, la palabra Edad Media la aplicamos al estado de civilización de los pueblos romano-germánicos, desde 681 a 1303, según la división de la Historia Eclesiástica. 681: Concilio VI Ecuménico, III Constantinopolitano, contra los monoteletas. 1303: Muerte de Bonifacio VIII. En la Historia de la Iglesia, esas fechas son realmente topes. El Concilio VI Ecuménico (681) señala el final de las grandes luchas doctrinales y la entrada a una época cuya característica, fruto de la barbarización, será la carencia de grandes progresos dogmáticos. La muerte del papa Bonifacio VIII (1303) marcará el final de la teocracia papal, protección necesaria para los pueblos bárbaros, para entrar inmediatamente en una época de evidente dependencia papal de los reyes.

Análogamente, en Historia Civil, alrededor del año 681 tenemos la gran expansión árabe, causa fundamental de la cristalización de la Edad Media, mientras que a la muerte del papa Bonifacio VIII, seguirá la acentuación del poder absoluto de los reyes y el nacimiento de Petrarca (1304), símbolo y realidad de un período, llamado, con razón, Edad Nueva.

Concretándonos, pues, al estudio de la Europa Occidental, el período 681-1303 es tiempo de gestación, formación y paulatina cristalización. Es, por consiguiente, un estado de cosas que no ha llegado a la madurez y al pleno equilibrio.

En Oriente, en cambio, no hay Edad Media. Es la ancianidad del Imperio Romano, que llega, decrepito, hasta el año 1453, toma de Constantinopla por los turcos. Es cierto que entra un nuevo elemento en su historia, el bizantinismo, pero, en el fondo, es una variante, un aspecto del mismo romanismo. El medioevo occidental, en frente del Imperio Bizantino, representa la niñez y juventud en frente de la vejez.

Nuestra Edad Media nace de la fusión de nuevos elementos, llamados bárbaros, con una cultura superior: la romana. Esos pueblos traen una nueva manera de vivir: a la ciudad, como centro de vida, sucede la campiña; al comercio, la agricultura; a una civilización marítima, una civilización territorial. A diferencia de los romanos, falta el concepto claro de Estado. Las mutuas relaciones están basadas en la comunidad de origen y stirpe. A falta de leyes, tenemos las costumbres, y tradi-

ciones, paulatinamente codificadas, y, sobre todo' la religión, cuya ideología tiene un influjo extraordinario sobre el alma medieval.

Es tiempo de idealismo, que prescinde de la realidad palpable del Derecho, y, por consiguiente, tiempo bárbaro, violento, cruel, de mutuas venganzas, de exaltado amor a la lucha y a la fuerza brutal, junto con un, no menos exaltado, amor a la religión. Profundo espíritu religioso y rudo espíritu guerrero, sin alcanzar, no obstante, un perfecto equilibrio.

El imperio Romano era el resultado de dos sumandos: romanismo más helenismo. Geográficamente: Mediterráneo. La Edad Media fué la síntesis del romanismo más germanismo. Geográficamente: Europeo-Occidental. Esto supone un período de asimilación mutua, de preparación de la Edad Media, en plena Edad Antigua, que duró desde 476 (final del Imperio Romano) hasta el año 681 (inicio de la Edad Media). A partir de 681, aparecen ya unos caracteres propios, fruto de la asimilación anterior romano-germánica, que precipitan claramente la Edad Media.

El Imperio Romano en decadencia desde el emperador Septimio Severo (193), a partir de Teodosio, el Grande, (395), manifestó claramente los síntomas de disgregación, que quedaron consumados con el fin del Imperio (476). A partir de tan culminante momento histórico, el proceso de asimilación mutua se aceleró. El Imperio legaba elementos fundamentales: el Derecho, la lengua latina con su vigorosa tradición literaria, ciencias y arte, idea del Imperio, uso de la moneda, espíritu administrativo, etc. Los bárbaros, por otra parte, aportaban nuevos elementos: vitalidad de los pueblos jóvenes, organización básica de la familia, respeto a la mujer, principio de autoridad y dependencia mutua feudal, individualismo, vida rural, etc.

Con Henry Pirenne, sin embargo, no admitimos que esos nuevos elementos bárbaros causaran, inmediatamente a la caída del Imperio, la hecatombe de la cultura romana y la cristalización subsiguiente de la Edad Media. No obstante la rotura de la unidad política imperial romana y la formación de varios estados germánicos, continuó, desde 476 a 681, una cierta unidad romana y una progresiva romanización,

Justiniano, en pleno siglo VI, todavía reorganiza, en gran parte, el Imperio en todos sus aspectos fundamentales: jurídico, geográfico-mediterráneo, religioso... El Mediterráneo, hasta los árabes, fué aún el «Mare Nostrum», y las relaciones comerciales entre Oriente y Occidente fueron aún frequentísimas. La moneda universalmente reconocida era la romana. En las escuelas se estudiaban los clásicos. A falta de ideas propias bárbaras, la ideología científica era fundamentalmente romana. Boecio, citando sólo un ejemplo, es aún el tipo perfecto del intelectual romano. Los apellidos de los jerarcas de la Iglesia son, en su mayoría, romanos.

El elemento determinante de la Edad Media fué, sin duda alguna, la entrada en la historia del pueblo árabe, en el siglo VII. En 622, tenemos la huida de Mahoma de la Meca a Medina. A los diez años (632) moría el falso profeta, iniciándose inmediatamente la gran expansión árabe, que terminaría en Poitiers (732), cien años después de la muerte de Mahoma.

Al fundarse, en gran parte del Mediterráneo, un imperio fanáticamente religioso, cuyo fin principal era la sujeción de los pueblos a Alá (Islam), quedó consumada la rotura de la unidad cultural del «Mare Nostrum», la división, inicialmente

casi hermética, de tres pueblos y culturas: Occidente, Bizancio, Arabes, y la cristalización de la Edad Media Occidental, con las características ya citadas.

Desde aquel momento, la Iglesia tendrá que buscar su apoyo no ya en Bizancio, sino en los pueblos bárbaros, y concretamente en la nueva dinastía carolingia. La Iglesia, conservando el tesoro de la cultura romana, se dedicará a la conversión y a una mayor compenetración con los germanos, llegando sus misioneros hasta las frías tierras escandinavas. La comunicación con el Mediodía y el Oriente será cada vez más difícil. Europa Occidental quedará encerrada en sus fronteras y, durante varios siglos, tomará unas características propias, que le dan, aun en pleno siglo XX, una acusada personalidad. La devoción a San Pedro y peregrinaciones a Roma, la evangelización monástica británica e irradiación sobre Europa Continental, la común lucha contra el Islam y la acusada personalidad, unificadora, de Gregorio VII acentuarán la unidad europea, hasta que, con las Cruzadas, Europa despertará de su profundo letargo medieval, se volcará hacia Oriente y, con el Renacimiento subsiguiente, nacerá una Edad Nueva (1303-1648), fundamentalmente distinta de la medieval.

LUIS SERDÁ, pbro.
